

Seis razones para leer **SI ES QUE DESPIERTA EL ALBA**- de Francisco Suárez Trénor

Cecilia Domínguez Luis

Todos sabemos que en el acto de la escritura la memoria es un elemento fundamental; pero no es menos cierto que cuando acudimos a esa memoria lo hacemos en un tiempo presente y con la intención de construir un mensaje de futuro. Memoria de lo que fue y de lo que pudo ser, porque esas posibilidades no realizadas constituyen también una parte importante de nuestras biografías.

Si hablo de presente y de futuro es porque, cuando leemos, no hacemos otra cosa que poner voz a quien la produjo, aunque ya no esté entre nosotros, de tal manera que lo que se escribe solo empieza a ser real cuando es leído y se convierte en presente para el lector.

Y ese hoy del que nos habla **Si es que despierta el alba** de Francisco Suárez Trénor es ya, desde su título, el de la incertidumbre.

No podía ser de otra manera si tenemos en cuenta que la poesía siempre nos plantea preguntas sobre el ser y el estar, sobre el origen y el fin; es decir, la poesía, como el deseo cernudiano, es una pregunta cuya respuesta nadie sabe, pero a veces nos concede pequeños vislumbres que nos impulsan a continuar en la búsqueda. No en vano el poema reivindica la vida y nos habla de las dicotomías que determinan la condición humana, como la vida y la muerte, el amor y el odio, la oscuridad y la luz y, además, nos interroga sobre ellas.

Francisco Suárez Trénor, en una de sus columnas de opinión publicadas en *Diario de Avisos*, nos confiesa que ha pasado de ser un lector compulsivo a ser un lector pausado, y es esa una de las características de su escritura. Nuestro escritor se toma su tiempo; lee y relee lo que escribe antes de dárselo a conocer, porque sabe que quien primero tiene que valorar la calidad de un manuscrito es el propio autor, y así somete lo que escribe a una autocrítica que es todo menos autocomplaciente.

Desde que fue editado, en el año 2002, el libro de poemas **Sencillamente agua**, premio de poesía Pedro García Cabrera del año 2000, y tras la publicación en el año 2006 de **Y de pronto el abismo**, en la revista *Letralia* de Venezuela, publica en el 2007 el libro de cuentos **La noria de los aromas y otros relatos** y en el año 2012 un recopilación de los artículos publicados en *Diario de Avisos*, con el título de **Mis columnas**. Pero han de pasar ocho años, si exceptuamos la edición junto con su hija Marta en 2011, de **Danzan los peces**, un poemario de haikus o poesías cortas, como a él le gusta llamarlas, para que se decida a publicar un nuevo libro de

poesía, **Si es que despierta el alba**, que hoy presentamos, y cuyo título ya nos pone sobre aviso de lo que podemos encontrar en sus páginas.

El libro, que se divide en seis partes, comienza con un poema homenaje a Pedro García Cabrera, titulado *Mi mano en el agua*: “Hundí la mano en el agua/cortando la mar en dos./ Subí la rampa del muelle/aún con la mano mojada./¡Mi mano llena de mar!”

El mar, el agua de nuevo, como una constante inevitable que nos remite a su primer libro, en el que el poeta identifica el agua con todos los elementos naturales que ama, pero también con su propia historia. Algo que queda patente en ese último verso ¡mi mano llena de mar!, con todo lo que ese universo marino implica para el autor.

Y este primer poema da paso a la primera parte del libro: *Poemas de los fantasmas y las piedras*. ¿Por qué este título? Las piedras y los fantasmas no parecen tener fácil acomodo en este presente en el que, por desgracia, hemos dejado de creer en los sueños- más aún en los que fabricamos despiertos- y en el que todo se desmorona, como si la erosión de los días nos advirtiera de la futilidad de nuestro empeño en atraparlos.

Sin embargo, los seis poemas que constituyen esta primera parte nos advierten de que es la palabra la única que puede salvarnos de nuestro desmoronamiento, de nuestra desaparición en el olvido. Por eso la memoria, aunque selectiva y fragmentada, como lo es siempre, se basa, sin embargo, en la totalidad de lo vivido. Y así, el recuerdo de otros tiempos y otros espacios se nos presenta con la rotundidad de la roca, pero también con el misterio de lo imaginado.

Y de nuevo el mar. Un mar que fluctúa entre el violento de la *Galerna* y el sereno del poema *Desayuno*.

Mar violento ante cuya cólera nos sentimos vulnerables e insignificantes. Mar rugidor, colérico, indiferente a los despojos que arroja a la orilla, ya sean objetos o cadáveres de niños o jóvenes. La cólera y la guerra del mar como la cólera y la guerra de los hombres.

Un mar que, de pronto se serena con el aroma del pan recién hecho, y con él, nuestro ánimo que se dispone a “escuchar el asmático respirar de las lanchas”

Es el tiempo de la infancia, en un espacio que no es el de las islas pero en el que el mar, un mar del norte, está presente no solo en el ir y venir de sus mareas, sino en sus frutos que se ofrecen a gritos en la *Rula*, mientras la niñez escucha asombrada y repite la letanía del rulero, o lo intenta. Imágenes y recuerdos productos de la necesidad y las experiencias de quien escribe.

La poesía se produce aquí gracias a un estado emotivo recordado, por lo que el paisaje, los objetos, los acontecimientos cobran un valor diferente que tiene mucho que ver con la concepción que el poeta tiene del mundo.

Y en *Punta de la Cruz*, aparece el mar como confidente, un mar que, esta vez, libera al poeta de sus miedos y de su culpa; que se viste de fiesta al contemplar a *La chica de un pueblo del norte*, poema donde el verso “miradas, sonrisas y algo más que no cuento” se repite, entre paréntesis, como contrapunto a otro verso que, con ligeras variantes habla del deseo de “volver a sentir ese gran amor”, o que al menos perdure en el recuerdo.

Los Poemas de NYC (New York City) nos hacen dar un gran salto, para situarnos, nada menos que en “la ciudad por excelencia”.

Desde luego, es inevitable que nos vengan al recuerdo libros como **Poeta en Nueva York** De García Lorca- algo a lo que se arriesgan todos los que escriben poemas sobre esa ciudad.

Sin embargo nada tiene que ver la visión de Lorca, ese choque alucinado y terrible del poeta

Granadino, con la visión del que hoy nos ocupa. Para mí, los poemas de NYC se acercan más a los de **Cuaderno de Nueva York** de José Hierro, pues tanto para un poeta como para el otro NY viene a ser algo así como, según palabras del propio Hierro “un balcón para asomarse para hablar de los temas de siempre: el amor, la muerte...” Él, con la ironía que le caracterizó siempre, añade como tema el de las moscas, y yo le añadiría, tanto para uno como para el otro, el de la música.

Aquí, los poemas de Suárez Trénor cambian de tono, incluso de ritmo, y parecen adaptarse al de la música americana, el jazz o el blues, y con ellos cuenta historias como la Derk Thomas, un chico como tantos otros que amaba en secreto a Katy Gunn y que tendrá un final algo aplastante- y perdónenme aquí la ironía, pues, en cierta manera, algo hay de eso en este poema.

Y la música vuelve en Brooklyn con el gran pintor ruso Kandinsky y la bailarina española, poema que nos habla de cómo los colores, igual que la música, producen emociones, “mientras la noche enciende uno a uno sus candiles.”

NYC (2011) es un poema extenso que cierra esta segunda parte, y que nos lleva a través de las calles de la gran ciudad, a escuchar sus ruidos y su música, a saborear el aroma de los mangos o a contemplar el entierro de un joven motorista, aunque no hayamos estado nunca en Nueva York, ciudad que es para el poeta “la vida y la muerte. El principio y el fin./Es el todo y la nada”

Con los *Poemas de los árboles añosos* se vuelve a producir un cambio de registro. Aquí ya no importa tanto la memoria de lo vivido o lo soñado, sino las posibilidades que el paso del tiempo puede brindarle a quien lo vive.

Esta tercera parte se inicia con un verso del poeta Luis Feria; “Ya tu patria es el tiempo”, que es el último verso del poema *Epitafio en octubre*, donde Feria nos habla de la despedida, de que la constatación de que ya pasó el tiempo de la juventud, aunque puede resultar dolorosa, no debe considerarse una derrota si existe una aceptación y la superación de ese tiempo a través de la escritura.

Y Francisco Suárez Trénor abre aquí una nueva puerta a la patria de su presente que se proyecta en *Ese hombre dijo adiós y se fue sin despedirse*, un bello poema en prosa donde la vivencia del presente le basta para preparar su marcha definitiva. Porque esa aceptación de la fugacidad de la existencia, es lo que hace posible vivirla intensamente.

Para ello reincorpora, en otro poema en prosa, *El jardín que tú sabes*, otro de los grandes temas de la poesía, muy ligado al de la muerte y al que nuestro escritor acude en muchos de sus poemas: el del amor. Entendido este no solo como acercamiento erótico, sino también como la búsqueda de una resonancia, de un eco que le restituya lo perdido o lo deseado.

A estos dos primeros poemas le siguen otros cuatro de temática amorosa, en los que la voz del poeta está íntimamente relacionada con su propia voz; una voz encontrada, a partir de la cual expresa sus emociones con ritmos que se ajustan al sentir que experimenta en esos momentos.

Así, el poema *Mátame si es preciso*, dedicado a una amiga porteña, Malena, tiene todo el ritmo de un tango: una serie de versos heptasílabos con acento rítmico en la sexta y que no me resisto a leer dice: “Cuando llegue el instante/ en que los cuerpos nuestros,/hartos ya de distancia,/con suavidad se rocen/ y tu cuerpo responda/al calor de mi piel,/no me niegues tus labios,/siénteme boca a boca,/tómame lentamente,/ámame, mi porteña./¡Mátame si es preciso!” Como ven, solo le falta la música, así que prueben ustedes mismos.

Después de un voyeurista que desea cerrar los ojos un instante, todo se hace pregunta en el poema *Una cereza por las nubes*. Preguntas retóricas en las que hay un aire esperanzado que va unido a la presencia de la persona amada. Presencia y ausencia, una dualidad que el poeta resuelve a través del deseo y la memoria.

Sin embargo, nada garantiza la continuidad del amor, como tampoco la de la propia existencia, y la conciencia de nuestra fragilidad hace que los poemas se dirijan hacia una reflexión sobre esa caducidad que es, nos guste o no, nuestra única certidumbre, a pesar del deseo de

comunicación que tal parece que apenas es nada. “De nosotros/tan solo/los árboles añosos/y las flores humildes/que tanto amas”, escribe el poeta en *Algún día*, poema que cierra esta tercera parte.

Si es que despierta el alba se encamina, en sus tres últimas partes hacia nuevas preguntas. A partir de ahora los protagonistas van a ser el tiempo y su inexorable paso, la soledad y la palabra.

Y sobre la palabra son los *Poemas del árbol blanco* que se inician con unos versos de Manuel Padorno: “Ya lo dirá la luz. Solo la luz.”

Aquí, la preocupación del poeta se centra en la palabra y en el tiempo, o mejor, la palabra en el tiempo. Y la manifiesta con esa dualidad palabra/silencio. La noche aparece entonces, no como algo negativo, sino como espectadora y cómplice de una búsqueda que va más allá de la noche misma.

El mar vuelve en estos tres poemas sin título, como testigo y, a la vez, causa del nacimiento de la palabra aislada, como dice el poeta, “nacida en la penumbra del otoño del mar” Soledad de la palabra que es la misma soledad de quien la escribe o la busca, porque todo acto creador es individual y solitario. Un aislamiento voluntario que lleva al escritor a sentir con más intensidad lo que pasa a su alrededor y le abre la posibilidad de comunicarse con los otros a través de lo creado, algo que, por otra parte es inevitable ya que no existe el poema, la novela o cualquier texto hasta que alguien no lo lee.

En estos poemas la luz es el tiempo que fluye inevitablemente y busca una palabra que la afirme, de ahí que el último poema lo encabece un nuevo verso de Luis Feria que pertenece al libro **Conciencia**, pues Suárez Trénor coincide con él en que es la palabra la que puede detener el cielo, la que aparece como un vislumbre y se nos revela para perderse de nuevo, como dice un verso del poeta: “en la penumbra casi luz/de la noche tal vez.”

Estamos ante un momento en el que el poeta se vuelca dentro de sí mismo, a la llamada del silencio que aparece como un nuevo principio necesario para que escuche su voz interior. Y ese “tal vez” con el que acaba el último poema de esta parte nos anuncia ya *los Poemas de la incertidumbre*.

El escritor acude ahora a un lenguaje más directo y contundente, como esa primera afirmación: “Todo es incierto”, dice, a la que le sigue una pregunta que, no nos engañemos, va directamente al lector, a pesar de que, aparentemente, el poeta se la hace a sí mismo. Y los lectores deben ponerse en guardia porque se dirige a lo más profundo de sus espíritus. “¿Es esta certidumbre/invasora de todo lo que soy/quien da sentido a cuanto me rodea?

Esta vez, el autor de **Si es que despierta el alba**, se enfrenta a una constante pregunta a su propio yo, a la que solo responde la duda, de tal manera que busca en la palabra un atisbo de luz que lo conforte, porque sabe que aunque eso solo es posible en pequeños instantes, estos tienen, gracias a la palabra, el valor de lo infinito.

De nuevo la vulnerabilidad del yo en la que el poeta busca el sentido de su propia existencia, y como un nuevo Ícaro que presiente su final en el sol, no duda, esta vez, en “acomodarse las enceradas alas y levantar el vuelo” a pesar de que sabe que al final le espera lo inabarcable.

El libro se cierra con *Poemas de la desesperanza*, donde la certidumbre de la muerte se acepta con la inevitable pregunta de si habrá un nuevo despertar, algo que parece poner en duda el poeta.

Claudio Magris afirma que la actitud ante la muerte constituye una de las claves para comprender lo esencial de un individuo, y, ante estos poemas de Francisco Suárez Trénor, vemos como este la mira a la cara y la asume como su destino, sin concesiones.

A pesar de todo, no es desesperanzador el tono ni las palabras de los poemas. Ese condicional de *Si es que despierta el alba*, último verso de esta última parte y que, acertadamente, da título al libro, ya abre una puerta a la posibilidad, remota tal vez, pero posibilidad al fin y al cabo.

Titulé esta presentación “Seis razones para leer **Si es que despierta el alba**”, basándome en cada una de las partes de este libro y no puedo terminar sin, al menos expresarlas de la manera más breve posible, aclarando que una sola de ellas bastaría para acercarnos a él. Así:

-Un encuentro con la memoria, la del poeta que se convierte en la de todos, pues todos llevamos acuestas nuestros propios fantasmas, amables o no.

-La visión del mar, invasor y temible, pero también confidente e invitador al viaje

-Un despertar en la gran ciudad, a la que recorreremos, escuchamos su respiración, vivimos sus avatares, aún sin haberla pisado.

-La superación o la aceptación del paso del tiempo, gracias a la escritura y a los afectos.

-La muerte como justificación de la propia existencia, reafirmandonos en el presente.

Pero quizá, la razón más poderosa para acercarnos a este libro es el objetivo que debe perseguir el poeta según Paul Valery. Dice este autor: “Un poeta no tiene como función sentir el estado poético: eso es un asunto privado. Tiene como función crearlo en los otros.”

Y esto lo consigue Francisco Suárez Trénor, con este breve pero intenso libro. Disfrutemos de él.